

IV

LA INMORTAL

Apenas hube dado esta esperanza de éxito, cuando yo mismo me asusté de haberla concebido. Pero no había ya medio de retroceder. Mi hermosa cliente me apremiaba con sus preguntas.

— Pues bien, señora — le dije, — es preciso encontrar la manera de hacer hablar al oráculo, sin desempeñar el papel de impostor; pero necesito que me dé usted sobre la aparición cuyo teatro se supone fué esta residencia, los detalles que me faltan.

— ¿Quiere usted ver los antiguos pa-

pelotes de donde he sacado mi resumen? — exclamó alegremente. — Los tengo aquí.

Abrió un mueble cuya llave poseía, y me mostró una nota bastante larga, con comentarios escritos en épocas diversas por diferentes cronistas adjuntos a la capilla de la residencia o al capítulo de un convento vecino que había sido secularizado durante el último reinado.

No sintiendo la menor prisa por contraer un compromiso que hubiera abreviado el plazo concedido al cumplimiento de mi misión, dejé para la noche la lectura de aquel legajo fantástico, y castamente, me dejé mimar por mi encantadora. Imaginéme que ella lo hacía con delicadeza de coqueta, ya fuese que se hallase interesada en sus propósitos hasta el punto de comprometerse un poco, con tal de lograr el triunfo, o que mi resistencia excitase su legítimo orgullo de mujer irresistible.

ble, o bien, y me detenía con delicia en esta última suposición, que sintiese hacia mí una estimación particular.

Tuvo que dejarme por fuerza: llegaban otras visitas. Teníamos invitados a la mesa; me presentó a sus nobles vecinos con marcada distinción, y me demostró ante ellos más miramientos de los que quizás tenía yo el derecho de esperar.

Hubo algunos que parecieron entender que aquello era mucho para un infeliz togado de mi condición, y trataron de hacérselo ver así. Pero ella dió pruebas de no tener gran temor de la crítica, mostrando tal tesón en sostenerme, que me sentí enloquecer un poco.

Cuando estuvimos solos, la señora de Ionis me preguntó qué pensaba hacer con los manuscritos relativos a la aparición de las tres damas verdes. Yo sentía gran excitación, me parecía que era amado y que no debía ya temer las burlas. Contéle, pues, ingenuamente, la

visión que había tenido y la que me había relatado el padre Lamyre, tan semejante a aquélla.

—Véome, pues, obligado a creer—añadí—que hay ciertos estados de alma en los que sin terror, como sin charlatanismo y sin superstición, ciertas ideas se revisten de imágenes que engañan a nuestros sentidos, y quiero estudiar este fenómeno, ya experimentado por mí, en los relatos, serios o desvariados de aquellos en quienes ha podido producirse. No le oculto a usted que, contrariando los hábitos de mi espíritu, lejos de defenderme del encanto de las ilusiones, haré cuanto me sea posible para abandonarles mi cerebro. Y si en esta disposición enteramente poética, consigo ver y oír algún fantasma que me ordene que la obedezca, no retrocederé ante el juramento que puedan exigirme el señor de Ionis y su madre. No quedaré obligado a jurar que creo en las revelaciones de los espíri-

tus y en las apariciones de los muertos, pues quizás no por esto creeré en ello; pero al afirmar que he oído voces, como puedo afirmar hoy que he visto sombras, no mentiré; y poco me importa pasar por insensato, si usted me dispensa el honor de no compartir esta opinión.

La señora de Ionis mostró gran sorpresa por lo que le decía y me dirigió muchas preguntas sobre mi visión en el *cuarto de las damas*. Escuchóme sin reírse y aun se admiró de la calma con que había soportado aquella extraña aventura.

—Veo—me dijo—que es usted un espíritu muy valeroso. En cuanto a mí, en su lugar, hubiera tenido miedo, lo confieso. Antes de que le permita empezar de nuevo esta prueba, júreme que no le asustará ni le impresionará más que la primera vez.

—Creo poder prometérselo—le contesté.—Siento en mí una calma exce-

siva, y aunque tuviese que presenciar algún espectáculo terrorífico, espero que permanecería bastante dueño de mí mismo para atribuirlo sólo a mi propia imaginación.

—¿Y piensa usted hacer esta evocación singular en la próxima noche?

—Puede ser; pero quiero empezar por leer todo cuanto se relaciona con ella. Quisiera también recorrer alguna obra sobre esta materia, no una obra de crítica denigrante, soy escéptico por temperamento, sino uno de esos antiguos tratados ingenuos, en los que, entre un sinnúmero de puerilidades, pueden encontrarse ideas ingeniosas.

—Bien, tiene usted razón — dijo, — pero no sé qué obra aconsejarle: no he hojeado mucho esos libros viejos. Si quiere usted buscar mañana en la biblioteca...

—Si me lo permite, haré este estudio inmediatamente. No son más que las once, es el momento en que su casa

queda en calma y en silencio. Velaré en la biblioteca, y si consigo exaltarme un poco, todo esto ganaré en disposición para volver a mi cuarto y ofrecer a las tres damas la cena conmemorativa que tiene la virtud de atraerlas.

—Entonces, mandaré llevar allí la famosa bandeja—dijo sonriendo la señora de Ionis,—y necesito esforzarme por encontrar esto muy raro para no dejarme conmover un poco.

—¡Cómo! señora, ¿también usted...?

—¡Oh! Dios mío—repuso,—¿qué se sabe? Hoy nos reímos de todo; ¿tenemos por ello más juicio que antes? Somos criaturas débiles que se creen fuertes; ¿quién sabe si no es ésta la causa de que nos hagamos más materiales de lo que Dios quiere, y si lo que tomamos por lucidez es sólo ceguera? Usted cree, como yo, en la inmortalidad de las almas. ¿Tan claramente se concibe una absoluta separación entre las nuestras y las que se han

desprendido de la materia, que podamos probarla?

Continuó por algunos instantes hablándome en este sentido con mucho ingenio; luego, algo turbada, me dejó, suplicándome que por poco que llegase a turbarme yo mismo, si me veía asediado por ideas negras, suspendiese la ejecución de mi proyecto. Me sentí tan dichoso y conmovido por su solicitud, que hube de manifestarle cómo lamentaba no tener que desafiar un poco al miedo para demostrarle mi celo.

Volví a mi habitación, en donde Ceferina había dispuesto ya la cesta; Bautista quiso retirarla.

—Deja eso aquí—le dije,—puesto que es la costumbre de la casa, y vé a acostarte. No me haces más falta hoy que los demás días.

—¡Ah! señor—me dijo,—si usted me lo permite, pasaré la noche en una butaca de su cuarto.

—¿Y por qué, amigo mío?

—Porque dicen que hay aparecidos. Sí, sí, señor, he acabado por comprender a los criados. Tienen mucho miedo; pero yo, que soy un antiguo soldado, tendré el mayor gusto en probarles que no soy tan bobo como ellos.

Me negué a darle este permiso y le dejé arreglando mi cobertor, para bajar a la biblioteca después de encargarle que no me aguardase.

Antes de ponerme a trabajar, recorrí aquella inmensa sala, encerrándome cuidadosamente por temor de verme estorbado por algún criado curioso o burlón. Luego encendí un candelabro de plata de muchos brazos y empecé a desenvolver el fantástico legajo relativo a las damas verdes.

Las frecuentes apariciones observadas y reproducidas con todos los detalles, de las tres señoritas de Ionis, coincidían perfectamente con lo que había visto y con lo que el padre me había contado. Pero ni él ni yo habíamos ex-

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apto. 1625 MONTERREY, MEXICO

tremado la fe o el valor hasta el punto de interrogar a los fantasmas. Otros lo habían hecho, decían los cronistas, y les había sido dado ver a las tres vírgenes, no ya bajo la apariencia de nubes verdosas, sino en todo el esplendor de su juventud y de su belleza; no todas a la vez, sino una en particular, mientras las otras dos permanecían apartadas. Y entonces esta fúnebre belidad respondía a todas las preguntas *serias y decentes* que se le querían dirigir. Descubría los secretos del pasado, del presente y del porvenir. Daba prudentes consejos. Indicaba tesoros escondidos a quienes eran capaces de hacer buen uso de ellos. Decía qué desgracias debían evitarse, qué faltas repararse; hablaba en nombre del cielo y de los ángeles, era, en fin, una potestad bienhechora para los que la consultaban con fines buenos y piadosos. Sólo era regañona y amenazadora con los burlones, los libertinos y los im-

píos. Decía el manuscrito: «Se las ha visto castigar cruelmente las intenciones perversas y falaces, y quienes se dirijan a ellas movidos solamente por la malicia y vana curiosidad, deben esperar cosas espantosas y se arrepentirán no poco de haberlas buscado».

Sin explicarse más sobre estas cosas espantosas, el manuscrito daba la fórmula de la evocación y todos los ritos que debían observarse, con tal seriedad y buena fe tan ingenua, que me dejé llevar. Las aparecidas adquirían en mi imaginación maravillosos colores que me seducían haciéndome desear, antes que temer, que la persuasión me dominase. La idea de ver andar y oír hablar a tres muertos, ya no me entristecía ni helaba en modo alguno. Por el contrario, exaltábame en ensueños élficos, y veía a una Beatriz levantarse en los rayos de mi emíreo.

—¿Y por qué no he de tener yo estos ensueños—exclamaba interiormente,

—puesto que he tenido el prólogo de la visión? Mi necio terror me ha hecho indigno e incapaz de ser iniciado más profundamente en las revelaciones swedenborgistas, en las que creen muchas cabezas firmes y de las que he hecho mal en burlarme. Examinaré con gusto a este viejecito, pues eso es más alegre y más sano para el alma de un poeta, que la fría negación de nuestro siglo. Si paso por loco, si pierdo realmente la razón ¡qué importa! habré vivido en una esfera ideal y habré sido quizá más feliz que todos los cuerdos de la tierra.

Así me hablaba a mí mismo, con la cabeza entre las manos. Eran aproximadamente las dos de la madrugada, y reinaba en la residencia y en el campo el más profundo silencio, cuando una música dulce y encantadora, que parecía partir de la rotonda, me arrancó a mi ensueño. Levanté la cabeza y aparté el candelabro colocado delante de mí, para ver de quién provenía

aquel obsequio musical. Pero las cuatro bujías que alumbraban perfectamente mi mesa de trabajo no bastaban para dejarme distinguir ni aun el fondo de la sala, y con mayor razón, la rotonda, situada más allá.

Dirigíme desde luego hacia esta rotonda, y, no ofuscado ya por otra luz, distinguí las partes superiores del hermoso grupo de la fuente, iluminada de lleno por la luna, que daba en una de las ventanas abovedadas de la cúpula. El resto de la sala circular estaba en las sombras. Para asegurarme de que me encontraba solo, como creía estarlo, abrí la gran puerta vidriera que daba sobre el parterre, y vi que, en efecto, no había nadie. La música parecía haber disminuído, perdiéndose a medida que me acercaba, y casi no la oía ya. Pasé a la otra galería, que encontré igualmente desierta; pero allí se dejaron oír de nuevo muy distintamente los sonidos que me habían encantado, como si esta vez partiesen de detrás de mí.

Me detuve sin volverme, para escucharlos. Eran dulces y quejumbrosos, sin formar combinación alguna melódica que yo me encontrase en estado de comprender. Era más bien una serie de acordes vagos, muy misteriosos, formados como al acaso por instrumentos que no hubiera sabido cómo nombrar, pues su timbre no se parecía a nada que me fuese conocido. El conjunto era agradable, aunque muy melancólico.

Volví sobre mis pasos y me aseguré de que estas voces, si así podía llamarlas, partían efectivamente de la concha de los tritones y de las sirenas de la fuente, aumentando o disminuyendo su intensidad según que el agua, cuya salida se había hecho irregular e intermitente, caía con mayor o menor fuerza en los pilones.

No vi en ello nada de fantástico, pues recordaba haber oído hablar de las girándulas italianas, que, por medio

de la compresión del aire por el agua, producen el efecto de órganos hidráulicos más o menos perfectos. Estas eran bastante dulces y muy afinadas, quizá porque no ejecutaban pieza alguna, limitándose a suspirar acordes armónicos como lo hacen las arpas eolias.

Recordé también que la señora de Ionís me había hablado de esa música diciéndome que se había descompuesto y que a veces se ponía en marcha por sí sola durante algunos instantes.

Esta explicación no me impidió proseguir el curso de mis ensueños poéticos. Sentía gratitud hacia la caprichosa fuente que consentía en cantar para mí solo, en tan hermosa noche y en medio de tan religioso silencio.

Vista así, a la luz de la luna, su efecto era prodigioso. Parecía verter sobre las cañas tiernas colocadas en sus bordes una lluvia de diamantes verdes. Inmóviles en sus actitudes desordena-

das, los tritones tenían algo de terribles, y sus quejas lánguidas mezcladas con el murmullo de las pequeñas cascadas, les hacían parecer como desesperados de tener sujetos en cuerpos de mármol sus espíritus violentos. Hubiérase creído presenciar una escena de la vida pagana petrificada repentinamente por un movimiento imperativo de la nereida.

Entonces me dí cuenta del susto y sorpresa que esta ninfa me había causado en pleno día, con su calma soberbia, en medio de aquellos monstruos retorcidos bajo sus pies.

—¿Puede un alma impasible expresar la verdadera belleza?—pensé—y si esta criatura de mármol llegara a animarse, siendo, como lo es, magnífica, ¿no causaría miedo por ese aspecto de suprema indiferencia que la hace demasiado superior a los seres de nuestra raza?

Miréla atentamente en el reflejo de

la luna que bañaba sus hombros blancos y hacía destacar su pequeña cabeza colocada sobre un cuello esbelto y poderoso como el fuste de una columna. No podía distinguir sus rasgos, pues estaba situada a cierta altura; pero su desenvuelta actitud se dibujaba en líneas brillantes de incomparable gracia.

—Ahí está verdaderamente—pensé—la idea que me gustaría formarme de la dama verde, pues es cierto que, vista así...

De repente dejé de razonar y de pensar. Me pareció ver que la estatua se movía.

Creí que esta ilusión se debía al paso de una nube sobre la luna; pero no había nubes. Sólo que no era la estatua la que se movía, era una forma que se levantaba detrás o a su lado y que me pareció semejante en todo a ella, como si se destacase de aquel cuerpo de mármol un reflejo animado, dejándolo, para venir hacia mí.

Por un instante dudé del testimonio de mis ojos; pero aquella forma se hizo tan distinta, tan evidente, que no tardé en convencerme de que estaba viendo un ser real, y no experimenté ningún sentimiento de terror, ni aun de gran sorpresa.

La imagen viva de la nereida descendía como mariposeando, por los planos desiguales del monumento. Sus movimientos tenían una desenvoltura y una gracia ideales. No era mucho mayor que una verdadera mujer, si bien, la elegancia de sus proporciones le conservaba el sello de belleza excepcional que me había asustado en la estatua; pero ya no experimentaba nada semejante, y mi admiración tocaba al éxtasis. Le tendí los brazos para cogerla, pues me parecía que iba a lanzarse hasta mí franqueando una escarpadura de cinco o seis pies, que nos separaba aún.

Me equivocaba. Detúvose al borde

de la rocalla y me hizo seña de que me alejase.

Obedecí maquinalmente y la vi sentarse sobre un delfín de mármol que se puso a lanzar verdaderos rugidos. En seguida todas aquellas voces hidráulicas arreciaron como en una tempestad, formando a su alrededor un concierto verdaderamente diabólico.

Empezaban ya a irritarse mis nervios, cuando brotó no sé de dónde una luz glauca, que parecía no ser otra cosa que un rayo de luna más brillante, y me mostró con gran limpieza los rasgos de la nereida viva, tan semejantes a los de la estatua, que hube de mirarla de nuevo para asegurarme de que no había abandonado su sitio de piedra.

Entonces, sin pensar ya en explicarme nada, sin deseo de comprender nada, me embriagué con mudo estupor en la belleza sobrenatural de la aparición. Fué tan absoluto el efecto que produjo en mí, que ni me acudió

ya la idea de acercarme para asegurarme de su inmaterialidad, como lo había hecho cuando se produjo en mi habitación.

Si pensé en ello, cosa que no acertaría a recordar, el temor de que una curiosidad atrevida la hiciese desvanecerse, bastó probablemente para contenerme.

¿Cómo no había de sentirme dominado por el deseo de satisfacer mis ansias de mirar? Era la nereida sublime, pero con ojos vivos, con ojos claros, de dulzura fascinadora, y con los brazos desnudos, contorneados, de carne transparente y cuyos movimientos eran suaves como los de la infancia. Aquella hija del cielo parecía tener, a lo más, quince años. Expresaba la firme castidad de la adolescencia por el conjunto de sus formas, mientras que su rostro se iluminaba con las seducciones de la mujer llegada al completo desenvolvimiento de su alma.

Su extraña indumentaria era absolutamente igual a la de la nereida: una vestidura o túnica flotante, hecha de no sé qué tejido maravilloso, cuyos pliegues suaves parecían estar mojados; una diadema cincelada con arte exquisito, un diluvio de perlas prendidas en las trenzas de su cabellera espléndida con esa mezcla de lujo singular y de feliz capricho que caracteriza el gusto del renacimiento; un contraste raro y encantador entre la vestidura extremadamente sencilla cuya riqueza consistía sólo en la holgura de su disposición y la perfección minuciosa de las joyas y de los delicados adornos del peinado.

La hubiera mirado durante toda mi vida sin ocurrírseme la idea de dirigirle la palabra. No me daba cuenta del silencio que había sucedido a la algarrabía de la fuente. Ni aun sé si la contemplé un instante o una hora. Parecióme, de pronto, que la había visto siempre, que desde siempre la había